de vestir de su gracia con aquella desnudez, y ha de hacer ricas con aquella su misera pobreza (1). En medio de la indigencia que los rodea, de la que traen origen muchas desventuras, á la dudosa luz de la luna, que penetrando por entre las aberturas de aquel establo desvencijado y roto, da formas extrañas á todos los objetos, haciéndolos oscilar aparentemente con la titilación de sus rayos, paréceme estar viendo en Jesús á Moisés mecido en su cesta por las ondas del Nilo, y en José y María á la hermana de Moisés, que, entre las palmeras de la orilla, tiene fijos los ojos, llenos de afán, en los vaivenes de la cuna, mientras que el corazón, colmado de dolor, todo lo espera de las manos del Eterno.

II

## Los ángeles.

Pero Dios alegra y glorifica á los que con él se entristecen y sufren. Si tamen, compatimur ut et conglorificemur. Y he aquí, que en el silencio de la noche llega hasta los oidos de José y de María una muy suave música de una melodía tal, que en nada se asemeja á los cantos de la tierra, y entre los dulcísimos acordes de aquellas citaras bajadas de los cielos, se escuchan voces de ángeles cantando: Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad (2). José ve á los ángeles cernerse por encima de la gruta y contemplar con ávidos ojos al divino Infante recién nacido, como bandada de sedientas palomas sobre los arroyuelos de las aguas. En Jesús está la vida, que ellos viven en el cielo, la vida que ha descendido á la tierra para ser la luz de los

hombres. In ipso vita erat, et vita erat lux hominum (1). Alli están los ángeles glorificando la pobreza con que nace el Redentor, y de aquella gloria también está participando José, que antes con Jesús ha padecido. Si tamen compatimur ut et conglorificemur.

Pero al tornarse en gozo la tristeza de José, en nada es alterada su humildad. Alégrase José de todo corazón, porque los cielos se han abierto y han venido sus espíritus de parte de Dios á coronar la pobre gruta del Principe recién nacido; pero no atribuye á sus propios merecimientos el resplandor en que los ángeles lo bañan, al iluminar á Jesús, y ni aun siquiera piensa que por recompensa de sus virtudes siente aquella alegría en su alma. Alégrase porque honran al divino Hijo de su Inmaculada compañera; alégrase porque Dios es alabado; alégrase con María y se regocija con los ángeles, y aunque con sus labios guarda silencio respetuoso, como María, allá dentro, en el fondo de su alma, está repitiendo con aquellos espíritus bienaventurados: Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

Y si los favores del cielo, al llenarle de regocijo, no lo ensoberbecen, las honras de la tierra, prodigadas al Niño, que le han confiado, en nada alteran su manso corazón. Ensoberbecióse Amán por los honores que como á primer ministro del rey Asuero le tributaban sus vasallos; quisieron alzarse nuestros primeros padres con la gloria de Dios deseando saber tanto como él, porque se vieron hechos reyes guardadores de la tierra; amotinó Luzbel innumerables escuadrones de espíritus celestes, para sentarse en el trono del Altísimo, porque se consideró como el primero y el más bello de los arcángeles; y Dios, que ha dicho que no dará su gloria á otro, gloriam meam alteri nondabo(2), humilló su hinchado orgullo, tornando á Amán los honores en infamia, volviendo esclavos, de reyes que

<sup>(1)</sup> II Cor., VIII, 9.

<sup>(2)</sup> Luc., II, 14.

<sup>(1)</sup> Joan., I, 4.

<sup>(2)</sup> Isai., XLVIII, 8.

eran, á nuestros primeros padres, y haciendo ocupar á Satanás el más obscuro de los antros del abismo. Pero José, que es más que Amán, porque es ministro del Rey de los cielos; y más que nuestros primeros padres, porque no se le ha confiado la tierra para que la guarde, sino al Señor que la formó; y más que Luzbel, aun antes de su caida, porque Luzbel se cubria con sus alas el rostro delante de Jehová, y José ve á Jehová cara á cara y lo estrecha contra su corazón; José, que contales honores no se ensoberbece y con tales títulos y prerrogativas no se vanagloría, ve llegar apresurados los pastores, á quienes el ángel del Señor anunció la venida del Mesías; los ve llegar con rostros asombrados, temblando de respeto y de gozo por la revelación del misterio; los ve arrodillarse con suma reverencia delante de Jesús, y sin asomo de orgullo, con ellos se regocija como el último de ellos, y con ellos besa humildemente los pies al divino pequeñuelo, v de él recibe, juntamente con María, la más inefable y dulce de sus sonrisas.

Y cuando los honores al divino Infante suben de punto, porque ya no son pastores, sino reyes fastuosos del Oriente los que se los tributan, tampoco está su gozo mezclado de soberbia, sino, antes al contrario, es mucho más humilde, porque está más lejos de pensar que son á él dirigidos aquellos acatamientos. Y porque sus ideas son así, es más pura la alegría de su corazón y semejanza tiene al gozo de que están poseídos los ángeles en la gloria: que en aquella mansión tiene el egoísmo cerrada la puerta, y los espíritus que asisten al trono del Eterno no se consideran alabados con aquel perenne cantar; y ni aunque están envueltos en aquella clara nube de suavísimos aromas, creen que las potestades por ellos mueven de rodillas sus incensarios de oro.

¡Oh mansísima humildad del gozo de José! Tú ves delante de la gruta la magnificencia de tres reyes echada por el suelo, pidiéndote venia para adorar al Niño que está bajo tu custodia; tú miras postrados en tierra, con los rostros pegados al suelo, á los negros etíopes que los acompañan; tú miras de rodillas sus camellos y dromedarios en muestras de acatamiento, y no paseas tu mirada por encima de aquella corte, que se humilla delante de tu casa, sino que la pones en aquel pobre lecho que tu indigencia dió á Jesús, y te alegras con la más pura de las alegrías, viendo cómo aquellos reyes le ofrecen el oro de las montañas y los preciados aromas del Yemen. Como fué su dolor, así es su alegría: su dolor fué intenso sin desesperación, grande sin desconfianza, y su gozo es hondo sin egoísmo, é inmenso sin altanería. Si tamen compatimur ut et conglorificemur. Porque si sabemos padecer con Jesús, con El seremos también glorificados.

## TIT

Y así, cristianos, deben ser nuestras penas y nuestras venturas.

Y hablando primero de los dolores, digo, que habremos de pensar que por toda nuestra vida con ellos nos hemos de abrazar, y que Dios nos los envía para que los tomemos como expiación de nuestros pecados. ¡Ah!, si no los tomamos como expiación, los dolores serán para nosotros un mal sin mezcla de bien ninguno; si, por el contrario, los recibimos como castigo de nuestras culpas, serán la suave lazada que nos una con el Señor; pues Cristo padeció por los pecadores para unirlos en estrecho abrazo con su eterno Padre, y nosotros, miserables hijos del pecado, debemos sufrir con ánimo igual los dolores, para abrazarnos amorosamente con Jesucristo, autor de todo bien. Si humildemente, como penas de nuestras culpas los consideramos, al instante vendrán en nuestra ayuda todas las virtudes, á aplicar á nuestro doliente corazón

cada una su medicina. La fe nos dará fortaleza, la esperanza resignación, la caridad mansedumbre, el agradecimiento deseo, la fidelidad constancia, la paciencia perseverancia, la obediencia abnegación, y en la abnegación está el sacrificio. Y no solamente las virtudes vienen á ser amigas cariñosas y prudentes consejeras del que sufre mansamente, sino que con las virtudes viene como capitán de todas ellas el mismo Dios, diciendo por boca del Salmista: con el justo estoy en la tribulación. y lo libraré y lo glorificaré (1). Y así lo verificó con aquellos tres santos jóvenes á quienes el rey Nabucodonosor mandó echar en el horno de Babilonia; así con el hijo de Jacob en las prisiones de Faraón; y así con Daniel en el terrible lago de los leones; y más claramente con José, á quien rodeó con sus brazos para amansar sus dolores, v borró con sus besos el camino de las lágrimas en sus mejillas.

¡Ah cristianos!, considerando que la palabra de Dios no puede faltar, y repasando cada uno la historia de su propio corazón, aquella historia con la lengua de nuestras penas redactada, y con el lloro de nuestro agradecimiento á Dios escrita, demos voces todos y exclamemos con San Bernardo: Dadme siempre, Señor, tribulaciones, porque siempre estés conmigo. Yo no quiero vivir vida sin cruz, yo no quiero vivir la vida de esa sociedad que aborrece los dolores. Yo quiero sufrir con paciencia los dolores, que purguen mis delitos, y no quiero maldecir los castigos ó penalidades que Dios me envía, como los condenados en el infierno. ¡Ah cristianos!, el hombre que se levanta á espaldas de la cruz, maldiciendo los dolores, por grande que tenga el corazón, si es que hay algo grande fuera del catolicismo, no se podrá remontar como sus pensamientos al cielo, sino para maldecirlo; no podrá hablar de la justicia, sino para vilipendiarla; ni

¡Oh bendita religión de la cruz! que prestas aliento para todos los dolores, y haces que el orgulloso, entrando en el purgatorio del infortunio y en el crisol de la pasión de Jesucristo, cambie el pesar de la soberbia por el gozo de la humildad; que el avaro torne el desasosiego de la avaricia por la paz de la misericordia; que el lujurioso convierta el insomnio de las lúbricas pasiones con el sosiego de la pureza; y que el bandolero, que de risco en risco vendió cara su vida contra las iras de la justicia humana, marche casi voluntariamente abrazado con la cruz al lugar del sacrificio, besando antes con profunda contrición las manos sangrientas del verdugo.

¡Oh cruz!, yo te bendigo. De ti dimanan las más puras alegrías; de las lágrimas que se vierten en la meditación de tus misterios fluyen los más inefables gozos, como del sudor, que baña nuestro rostro en el trabajo surgen las más santas satisfacciones. De ti saca la inte-

enfurecerse contra los vicios sin que su furor no sea una manera de alabanza. Es un ciego que pretende hablar de la luna; es un demente que hace plática sobre la inteligencia; es un esclavo protervo que se adorna con las galas de su señor para injuriarlo; es, si queréis, un caudillo valeroso, pero que inútilmente vocifera á la hueste amotinada de sus desordenados pensamientos. Vuela como el águila sin sol donde beber la luz; nada como el barco por mares obscurecidos; baja rodando como el torrente, y no le esperan valles hondos y extendidos, que amansen la bravura de sus ondas. Las tormentas de sus obscuros días no tendrán el arco iris de la esperanza; la pureza de la mujer los tornará melancólicos y dados á lamentaciones: la justicia de Dios, malamente interpretada, hará su pensamiento ateo y los arranques de su entusiasmo impios. Y si en el festín de los placeres ó en el apogeo de su fama cayere sobre sus hombros, con inmensa pesadumbre, la cruz del pesar ó el deshonor, él tendrá por grande heroicidad la imbécil cobardía del suicidio.

<sup>(1)</sup> Ps. XC, 15.

ligencia su más dulce libación, en ti encuentra la voluntad su apoyo más robusto, en ti se recrea la memoria como en el más hermoso de los recuerdos. A tu alrededor meditan las virtudes con traje de penitencia, dobladas las rodillas, extendidos los brazos, en ti fijos los ojos, y con ellos sacando de la sangre de que estás llena, morti ficación para los sentidos, luz para sus caminos y ale grias sin cuento para el alma. De ti fluyen aquellos siete rios en cuyas aguas la humanidad renace, se fortalece, se purifica, bebe para no tener jamás sed, santamente se acrecienta, y se unge, como los atletas, para la última batalla con la muerte. ¡Oh cruz!, ¡oh divina cruz! Yo no quiero gloriarme sino contigo (1): Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini Nostri Jesu Christi. Estos son los verdaderos goces de la vida; los que se alcanzan en la pelea con el mundo, con el demonio y con las pasiones; los que la Iglesia nos proporciona con la participación de los Sacramentos; fuera de aquí no hay sino amargura en el deseo, tristeza en la posesión del placer, y luego, desengaños y arrepentimiento. Sí, cristianos, el que deja los dolores y va en busca del placer, es semejante al labrador que deja el trigo sin segar por miedo á los rayos mortificantes del sol y se acoge á la sombra de un árbol, mientras las aves desgranan las espigas. Jesucristo lo ha dicho: el que echó mano al arado y volvió la cara atrás, es inepto para el reino de los cielos (2).

Luego siempre hemos de estar abrazándonos con la cruz, si queremos siempre gozar las dulzuras que de ella dimanan. Siempre, cristianos, sin que con esta manera de satisfacción entre la vanagloria de los propios merecimientos. Siempre, sin que dejemos que la voluntad se enerve con las complacencias del egoísmo y se haga impotente para entrar de nuevo en la pelea.

David subió á los miradores de su palacio á recrearse

en sus dominios, y con la delectación de sus ojos entró al muerte en su alma. Salomón hubo de deleitarse en la sabiduría de sus juicios, cuando en lo último de su vida sus acciones carecieron de sabiduría.

Y viniendo de la vida de los individuos á la vida de las naciones, y recorriendo la tierra á lo ancho y á lo largo en todas las regiones y en todas las edades, vemos que cuando los pueblos se durmieron á la sombra de sus laureles, luego al punto cayó sobre ellos el enervamiento, y con el enervamiento vinieron las derrotas, y con las derrotas la destrucción y con la destrucción la muerte. Roma hizo alfombras para los pies de sus patricios con las banderas de todos los pueblos, y cuando sus patricios, olvidados del batallar, se coronaron de pámpanos y se reclinaron en los triclinios, escucharon á los bárbaros que llamaban á sus puertas con los cascos de sus caballos; y cuando abrieron los ojos para mirar, se vieron con cadenas en las manos al pie de los muros rotos de su despedazado Capitolio.

De esto se deduce una cosa al parecer contradictoria; es à saber: que para vivir en paz es necesario estar en continua pelea; y es que la paz ha de estar en nuestra conciencia y la guerra en nuestro corazón. Luego el dolor libremente aceptado prepara el camino para los goces verdaderos; y como el reino de los cielos se conquista por medio del sufrimiento, solamente los que como Cristo padecieron humildemente en esta vida, con Cristo serán coronados en el cielo; porque si padecemos con Él, es para que también seamos con Él glorificados: Si tamen compatimur ut et conglorificemur.

¡Oh pacientísimo José!, yo quiero poner á tus pies la suma de toda esta manera de discurrir como un deseo de los corazones de tus siervos. ¡Oh alma formada según los pensamientos del Señor, que ni en el pesar te rindes, ni en la alegría te ensoberbeces!; ¡oh corazón formado para custodia y escudo de tu Señor, fortalecido en la

<sup>(1)</sup> Gal., VI, 14.

<sup>(2)</sup> Luc., IX, 62.

amargura para resistir los asaltos del egoismo, que á veces vienen escondidos en las olas de la dicha!; nosotros somos menos que aquellos bienaventurados pastores, que guiados por las palabras del ángel, entraron en la gruta de Belén con tu permiso à prosternarse delante de tu Jesús; tal vez venimos de las montañas altaneras del orgullo al valle hondo de la humildad, hastiados de los placeres de la vida, en los que sólo hemos encontrado amargura, desengaños y arrepentimientos; míranos á la puerta de la pobre gruta adonde ha bajado para el mundo la paz; permitenos la entrada; danos á besar las plantas de tu Jesús; mándale, como padre nutricio que eres suyo, que con su tierna mano, creadora del mundo, nos eche la bendición, para que se engendre en nosotros un deseo de abrazarnos voluntariamente con el dolor, de donde fluyen los verdaderos goces de esta vida y la inefable dicha de la eternidad. Amén.



## TERCER DOLOR Y GOZO

## La Circuncisión. - ¡Jesús!

Charitas omnia sustinet... congaudet autem veritati.

La Caridad todo lo soporta... y se alegra de la verdad.

(1.º á los Corintios, XIII, 6 y 7.)

ESGRACIADA es, á fe mía, esta época de impiedad en que hemos nacido. El monstruo de cien cabezas parece haber roto sus pesadas cadenas, según anda por el mundo inficionándolo todo con su emponzoñado aliento. Tantos males y tantos crímenes levantan tales nubes y sombras en nuestro horizonte, que parece que vive la sociedad en noche eterna y tempestuosa, que se niega á todo pincel. Allí suena el rugido fragoroso del bronce de la batalla; aquí el penetrante silbido de la locomotora, que impelida por la fuerza de vapor vuela por los campos tranquilos, arrastrando en su carrera vertiginosa soldados á la lucha fratricida.

Y entre los gritos de los que mueren y matan, parece que suena la voz de Jonás, el náufrago, diciendo: Adhuc quadraginta dies et Ninive subvertetur (1). Dentro de cua-

<sup>(1)</sup> Jonás, III, 4.